

# Aguas aéreas\*

## Apuntes sobre Hero y Leandro

David Huerta

Las aguas y las riberas del Helesponto forman el escenario de los amores míticos protagonizados por Hero y Leandro. Son éstos dos jóvenes a quienes conviene imaginar hermosos y apasionados. Leandro vivía en el otro lado del estrecho, en la asiática Abido; ella, Hero, era sacerdotisa de Venus-Afrodita y habitaba en Sesto, en la costa de Europa. Ese dato en el retrato de Hero —ser sacerdotisa de la diosa del amor— mereció una descripción curiosa de Christopher Marlowe: la llama *Venus' nun*, es decir, “monja de Venus”. (Extraordinaria es la descripción de la heroína trágica, su hermosura, sus atavíos, todo el conjunto resplandeciente, dentro del poema de Marlowe, tan rico en todo tipo de registros: mítico, sexual, prosódico, narrativo, descriptivo).

Los amantes sólo podían verse durante las noches. Leandro cruzaba entonces a nado las aguas del Helesponto, guiado por la luz de una antorcha encendida por Hero en lo alto de su torre.

Una noche el viento de una tormenta en el estrecho apaga la antorcha-guía y Leandro, desorientado en la oscuridad, se ahoga. Su cuerpo exánime es arrastrado a la orilla por las aguas encrespadas, hasta el pie de la torre; Hero lo descubre y se arroja de las alturas, desesperada de dolor. Amores trágicos: la muerte les pone punto final, como a los de Píramo y Tisbe, a los de Romeo y Julieta, a los de cuantas parejas de amantes terminan mal.

El otro lado de esta historia tan triste es el chiste consabido: Hero y Leandro murieron “como dos huevos”, él “pasado por agua”, ella

“estrellada”. Luis de Góngora concluyó así uno de sus romances sobre el tema (escribió dos, complementarios: en 1589 y en 1619):

El amor, como dos huevos  
quebrantó nuestras saludes:  
él fue pasado por agua,  
yo estrellada mi fin tuve.

La leyenda, de posible origen alejandrino, fue recogida, estilizada y convertida en referencia clásica por Publio Ovidio Nasón: podemos leerla en las epístolas XVIII (de Leandro a Hero) y XIX (de Hero a Leandro) de las *Heroidas*. Un clasicista oxoniense del siglo XIX apunta a la posibilidad de su origen real: una historia de amores trágicos conocida en el siglo I de nuestra era y difundida por el ámbito del imperio romano.

Después de Ovidio, Hero y Leandro atrajeron a cientos de poetas. Uno de los más célebres fue Lord Byron, y de una manera absoluta y auténticamente única.

Ante quienes dudaban de la hazaña natatoria de Leandro, Lord Byron se propuso demostrar esa posibilidad y hacerlo “experimentalmente”, como apunta, con gracia quizás involuntaria, Marcelino Menéndez Pelayo: ¿Cómo lo hizo? Como debía hacerse. El 31 de mayo de 1810 el poeta inglés cruzó con enérgicas brazadas el Helesponto, “entre Sestos y Abido”. No lo hizo solo; por lo menos lo acompañó un amigo, un tal Mister Ekenhead.

Sobreesas formidables nataciones byronianas podemos leer la octava 105 del segundo Canto del *Don Juan*:

Apenas un mejor nadador conocerás  
[se refiere a Don Juan],  
pues hubiese podido cruzar el  
Helesponto

como en tiempos pasados (nos  
enorgullecemos)

Leandro, el señor Ekenhead, yo mismo.

Debió ser un espectáculo formidable: el poeta más amado, odiado y admirado de Europa durante el siglo XIX en el trance de demostrar la verdad de una leyenda milenaria. ¡Dan ganas de tener una máquina del tiempo a modo para acudir a ver a ese nadador maravilloso!

Lord Byron fue todo un fenómeno poético y un portento de vitalidad problemática: “ángel y vestiglo” lo llama Salvador Díaz Mirón, otro turbulento, uno de sus innumerables adoradores en todo el mundo; ahora apenas se leen sus poemas, me temo. Lo de “ángel”, aplicado a Byron, ha de entenderse, me parece, de alguna de estas dos maneras: por su genio poético o por su apostura física, a pesar de su cojera (alguien diría: una hermosura resaltada, por contraste, *a causa* de ese “defecto” físico). Stendhal, famoso heterosexual, se puso nervioso cuando conoció en Venecia al hermoso Byron. Su réplica probatoria del cruce del Helesponto tiene la poderosa teatralidad de quien no nada más quiere repetir, como se debe (“experimentalmente”), un hecho legendario; sino reencarnar, con exquisita plenitud, al amante trágico: vista así, la natación byroniana es una extraña, única, singularísima reescritura del mito, una reescritura corporal y atlética.

La tradición clásica literaria sobre la leyenda de Hero y Leandro incluye a Museo, gramático y poeta de lengua griega del siglo V d. C., y a los latinos Estacio, Marcial y Virgilio, principalmente; además del Ovidio de las *Heroidas*, naturalmente. El poema griego es muy posterior a las obras latinas, como puede verse; sin embargo, el nombre de Museo se menciona como prin-

\*El nombre de esta sección es un homenaje al poeta argentino Néstor Perlongher (1949-1992): *Aguas aéreas* es el título de uno de sus extraordinarios libros de poemas, publicado por Ediciones Último Reino en 1991.

cipalísimo en estos temas, lo cual no es inexplicable: es la suya una pieza larga, dedicada exclusivamente al mito amoroso, a diferencia de las menciones o alusiones de los poetas de la latinidad.

En cada uno de los poetas latinos, la leyenda está recogida sintéticamente, a veces sólo de pasada: en la *Tebaida*, los epigramas y un pasaje de las *Geórgicas*, respectivamente. En los tres epigramas de Marcial dedicados al tema, uno parece animado por una intención política: el poder del César es comparado con el oleaje letal del estrecho tormentoso. Los otros dos son variaciones del asunto mítico: en el primero, Leandro acepta su destino pero le pide a los poderes neptunianos (“las henchidas aguas”) algo conmovedor: acabar con él durante el viaje de regreso, no antes, para cumplir “el himeneo”, según la expresión de Museo para referirse al encuentro erótico; el otro, variante del anterior, se titula “Leandro de mármol”.

La Edad Media española conoció el Ovidio de Alfonso el Sabio, patrocinador de una versión de las *Hemidaso Libro de las duennas*. En la poesía de lengua española, el tema de Hero y Leandro recorrió los siglos de oro de punta a cabo: de Garcilaso de la Vega, Juan Boscán y Gutierre de Cetina, a Góngora, Lope y Quevedo; la lista podría ampliarse con nombres menos conocidos: Gabriel Bocángel, Francisco de Trillo y Figueroa, Juan de Arguijo. No sé si podría hablarse de un “tópico”; pero es un tema abordado muchas veces por diversos autores, con intenciones divergentes: ilustración de la pasión amorosa, visión burlesca, emblema de tragedia.

El garcilasiano soneto XXIX comienza con este endecasílabo de tipo heroico (acentos en segunda y sexta sílabas): “Pasando el mar Leandro el animoso”. Como bien apunta su ejemplar editor moderno, el profesor Bienvenido Morros, Garcilaso reescribe o parafrasea uno de los epigramas de Marcial: en este soneto, Leandro también le pide a las olas matarlo sólo después de encontrarse con Hero. El poema está en serie con otros dos sonetos de tema mitológico: el XI, sobre las ninfas fluviales, y el XIII, acerca de otro sujeto ovidiano (la metamorfosis de Dafne en laurel).

Fernando de Herrera y Diego de Mendoza tradujeron los seis hexámetros virgi-

lianos del tercer libro de las *Geórgicas* (versos 258-263) donde aparece mencionada la leyenda; he aquí el traslado herreriano, en sus *Anotaciones a Garcilaso* (1580), la gran obra precursora de la mejor crítica literaria en nuestro idioma:

¿Qué el joven, a quien quema en grande fuego

el duro Amor en medio de sus huesos?  
Tarde en la ciega noche el mar turbado  
con rotas tempestades abre y corta;  
y encima de él la grande puerta truena  
del alto cielo, y los heridos mares  
bravos sonidos dan en los peñascos.  
Ni lo pueden tomar los padres míseros  
ni la virgen, que sobre el cuerpo muerto  
ha de morir de cruda y fiera muerte.

Menéndez Pelayo prefiere las dos octavas de la versión virgiliana de Mendoza; aquí practicamos ese deporte añejo, ya un poco aburrido: no estar de acuerdo con don Marcelino, sabio como él solo, y lector de una arbitrariedad ejemplar o irritante, según se vea.

Entre lo menos conocido de la poesía “áurea” está un largo poema narrativo, compuesto en endecasílabos blancos, por Juan Boscán: “Leandro”. Junto a los otros, el caballero catalán Mosén Joan Boscá de Almaguer, castellanizado en *Juan Boscán* y conocido de esa manera en todas las historias literarias es, por donde se le vea, una figura menor; su mérito principal es haberle comunicado al genial Garcilaso las conve-

siones de 1526 con el embajador de Venecia, origen de la “revolución italianizante” de la poesía en nuestra lengua.

Boscán escribió esforzados poemas con las formas italianas, olvidados ahora; “Leandro” es uno de ellos y es su composición más ambiciosa, o por lo menos más larga. En un gesto en verdad simpático, Menéndez Pelayo le dedicó a Boscán varios cientos de páginas en su *Antología de poetas líricos castellanos*. Allí habla de “Leandro” y de muchos otros temas. Da, como siempre, infinidad de noticias curiosas; ésta, por ejemplo: “Existen monedas de Abidos que representan a Hero con la antorcha y a Leandro luchando con las olas, pero no son anteriores a la época de Caracalla o de Alejandro Severo, en opinión de los numismáticos”. Luego cita al geógrafo Estrabón y a Pomponio Mela. (Siempre, con cualquier pretexto, he citado el elogio de Dámaso Alonso a Menéndez Pelayo; aquí lo hago, una vez más, con gusto: “simún de los lectores, Sáhara de los polígrafos”).

John Donne, el más notorio de los “poetas metafísicos”, le dedicó un poema brevísimo, apenas dos líneas, “Hero and Leander”, a los amantes del Helesponto. Es un pareado con simetrías y “conceptos” múltiples, un epigrama con algo de epitafio. Helo aquí:

*Both rob'd of aire, we both lye in one  
ground,  
Both whom one fire had burnt, one  
water drown'd.*



Rubens, *Hero y Leandro*, ca. 1605



B. Picart, *Leandro nada en el Helesponto*

A continuación presento dos módicas aproximaciones o versiones de esos dos pentámetros yámbicos. La primera es, como en el original, un pareado o dístico, pero en el largo alejandrino español, más extenso por donde se le vea (y se le escuche). La segunda, un cuarteto serventesio endecasilábico, cuatro versos donde en el original hay únicamente dos: también son cuatro los elementos del original, distribuidos en los hemistiquios: aire y tierra en el primer verso, fuego y agua en el segundo. Conservo las rimas, con lo cual ocurren inevitables sacrificios. Sobre estas traducciones, o aun “imitaciones”, siempre sobrevuela la traducción quevedesca del final de “Tlön...”, el cuento de Borges (hecha en realidad en colaboración con Bioy Casares y publicada en la revista *Sur*). (Me resigno de antemano a nunca traducir con la portentosa maestría de Gerardo Deniz, quien hace años trasladó ese soberbio poema de Donne sobre sangre, entomología y devoción amorosa: “The Flea”, cargado con un erotismo perturbador y excéntrico). Así, entonces:

I

Los dos, privados de aire, en la tierra  
yacemos;  
los dos en agua y fuego la vida  
suspendemos.

II

Ambos, a quien el aire fue robado,  
hoy en la misma tierra nos unimos;  
ambos, a quien un fuego ha calcinado,  
en un agua fatal nos consumimos.

El alejandrino es un verso muy poco “áureo”; evoca más bien el modernismo. Pero siempre puede uno cortarlo en heptasílabos, hermanitos menores del endecasílabo italiano-español. Ni modo: John Donne fue genial, diáfano y diamantino en dos versitos, y Boscán no acertó con su riada de versos blancos.

\*\*\*

El mito de Hero y Leandro es perfecto y misterioso. Esa dualidad puede explicarse con varias razones y enriquecerse, en lo posible, con otras tantas imágenes o metáforas adosadas a la exégesis.

Admite una interpretación bachelardiana: hay en él una pródiga “poética de los elementos”, el agua amenazante del estrecho, el fuego de la antorcha-fa rola, los cortantes peñascos de las riberas, los vientos de la tempestad. Los elementos son el tema central del epigrama de John Donne; no el amor, “elementalizado” como fuego, desde luego.

Hay una dimensión de visibilidad sublime y trágica en el mito, también. El nadador y amante entra en las aguas nocturnas guiado por el fuego: dos pares de ojos combaten la oscuridad, Leandro, sin apartar la vista, cada noche, de las llamas; Hero, atenta a los rizamientos de las aguas, de donde surgirá su “deidad” masculina, su ídolo empapado y anhelante. Los cuerpos luchan con los elementos; las miradas conducen ese combate crispante.

Misterio: ¿es un castigo la doble muerte de los amantes clandestinos? No hay el menor rastro de moralidad o moraleja en la historia. ¿Quién los castiga, en todo caso? Ellos son dechado de vitalidad erótica y atlética: la naturaleza, envidiosa, y los dioses a ella sujetos o por ella mandados, los destruyen. Perfección: la muerte es la culminación de esta extraña historia feliz, hasta su final desgarrador.

La sexualidad aparece en la leyenda con toda franqueza; es un amor consumado “cada noche”, a diferencia de la sangrienta castidad de los babilonios Píramo y Tisbe, frustrados y aniquilados al pie del moral, en la encrucijada, o Romeo y Julieta, marido y mujer con sólo una tensa noche de bodas en su haber. Hero y Leandro son amantes en toda forma; no cuesta nada ima-

ginarlos en sus encuentros amorosos, con todas las de la ley. Su tragedia es la de un amor interrumpido cuando está en su momento cenital, a diferencia de las otras historias, ante las cuales es inevitable un sentimiento de frustración. Es sabido cómo prosperó en la imaginación occidental el triste caso de Tisbe y Píramo: son el modelo de los amantes veroneses immortalizados por William Shakespeare.

Las muertes de esas parejas son aparatosas, muy diferentes de las de Leandro y Hero. Tisbe, Píramo, Julieta y Romeo significan espadas, veneno, animales salvajes, mucha sangre. Hero y Leandro murieron con más claridad, con más rotundidad, por así decirlo; se extinguieron con un cierto heroísmo gozoso y fueron una pareja cumplida, cuya falta quizás estriba en algo parecido a la gula de la lujuria, a los excesos del placer sexual y sus devoradoras repeticiones. Los lectores pueden hacer su propia lista de diferencias y semejanzas ante esas parejas célebres.

\*\*\*

El Helesponto ya no tiene ese nombre; es el actual estrecho de los Dardanelos. La antigüedad lo conoció como “el mar de Hele”, mítica muchacha: ella lo sobrevoló a lomos de un carnero dorado —origen del Vello de Oro—, en compañía de su hermano Frixo. Hele cayó al estrecho y le dio a éste su nombre.

Es el Helesponto un largo canal entre Europa y Asia: corren sus aguas de las costas balcánicas del Mar Egeo a las del mar de Mármara, en el norte de Turquía. Junto a Estambul está, claro, el Bósforo, otro estrecho de largas resonancias literarias: “Bósforo de estrechez tu cintura”, leemos en el maravilloso romance decasílabo de sor Juana Inés de la Cruz a María Luisa, la admirable condesa de Paredes.

En una de las riberas del Bósforo se levanta una errónea Torre de Leandro, construida en tiempos antiguos y reconstruida sin cesar en épocas diversas. Uno puede verla durante el obligado paseo turístico en barquito: la navicilla sale de Estambul, allí regresa, y permite un vislumbre del Mar Negro, entre los cascos monstruosos de los navíos petroleros. **U**